

JACQUES MARITAIN Y LA SOCIEDAD COMUNITARIA

In memoriam del Dr. Lino Rodríguez Arias (+ 2007)

Con el título de este comentario, el Dr. Lino tiene una de sus mejores obras. Allí afirma que "toda sociedad para progresar necesita de un grupo de hombres consagrados con vocación, tesón y probidad a los asuntos de la comunidad" (p. 150). Don Lino fue uno de estos hombres. Pensador de sólida estructura, escritor fecundo, asesor discreto de líderes políticos, se dedicó con vocación, talento, tesón y probidad a los asuntos de la comunidad venezolana e iberoamericana. Lo acreditan una larga serie de artículos de revistas y libros. Sus inquietudes giraron con preferencia alrededor de temas claves como Persona, Estado, Derecho, Justicia Social, Bien Común, Propiedad Comunitaria, Sociedad Comunitaria. Su obra intelectual es la de un filósofo social, político y económico, con un extraordinario sentido ético.

Para apreciar correctamente el aporte que hizo Don Lino en su estudio sobre Maritain y la Sociedad comunitaria, hay que tener presente quién fue Maritain y cuáles los resortes de su pensamiento. Contrariamente a lo que muchos piensan, Maritain (+1973) no fue ni un integrista ni un progresista. En su mismo lenguaje alegórico e irónico, Maritain no se cataloga entre los "Rumiantes de la Santa Alianza", arquetipo de la extrema derecha, ni entre los "Borregos de Panurgo", arquetipo de la extrema izquierda. Pero reconoce que se siente menos lejos de los Borregos cuando se trata de cosas del César, y menos lejos de los Rumiantes cuando están en juego las cosas de Dios. Convertido al Catolicismo, contemplativo casi místico del Mundo (gracias al influjo de su esposa Raissa), laico con un gran sentido de Iglesia, gruñón a ratos ("le vieux grognard de l'Eglise" dijo de él su amigo Ribes), tiene acentos graves de profeta cuando denuncia la estupidez de nuestra época y avizora para la Humanidad tiempos mejores, a condición de que se reaccione biológicamente contra la tontería del pasado.

Una de las grandes preocupaciones temáticas de Maritain fue la referente a la misión temporal del laico cristiano. Frente al problema de la transformación cristiana del mundo, Maritain sabe que existen dos sentidos de esta transformación. Hay una transformación sobrenatural que conduce al fin último de la Parusía y del establecimiento del Reino de Dios en la gloria. Es algo que aunque se gesta en el mundo, viene de Arriba y es obra de lo Alto. Pero hay también una transformación temporal del mundo, con miras a su mismo desenvolvimiento. Es una empresa de largo aliento, que ha de ser obra de los hombres, cristianos y no-cristianos.

Para Maritain, el cristianismo puede y debe aportar su propia contribución al combate actual de la humanidad, sin caer en la *hybris* faústica del marxismo, que es grandiosa pero ilusoria. El aporte del cristiano puede parecer más modesto en sus fines que el del marxista, pero es más importante para el hombre. Se trata de hacer la Ciudad temporal más justa y menos inhumana; se trata de asegurar a todos y cada uno los bienes fundamentales del cuerpo y del espíritu y el respeto de los derechos de la persona; se trata de conducir a los pueblos a una organización política supranacional, capaz de garantizar la paz del mundo; se trata, en una palabra, de cooperar en la evolución del mundo, de modo que no sea frustrada la esperanza terrestre de los hombres en el Evangelio y que el espíritu de Cristo y de su Reino vivifique de algún modo las cosas de la tierra (*Le paysan de la Garonne*, París, Desclée 1966, p. 296 ss.).

Esta preocupación por la transformación cristiana del mundo, Maritain la enmarca en un lenguaje y en unos conceptos de claro corte aristotélico-tomista. Maritain, como sus maestros, es un filósofo del ser y la realidad. Y de ahí deriva una gran solidez, objetividad en sus juicios y "realismo crítico". Maritain rechaza las filosofías de la apariencia, las fenomenologías, las "ideosofías" modernas de toda clase. Denuncia el prejuicio idealista que, según él, pesa sobre el pensamiento occidental desde Descartes. Este severo juicio lo hace impermeable a grandes

corrientes del pensamiento contemporáneo como las derivadas de Hegel, y lo mantiene cerrado al posible influjo bienhechor de un Darwin, de un Marx, de un Freud y aun de un Teilhard de Chardin, que se constituyen para él en "shocks del pasado".

Don Lino reconoce que Maritain es "uno de los más importantes inspiradores de nuestro pensamiento comunitario", y "el mayor teórico del personalismo y de la democracia cristiana" (p. 20). Por ello, en apretada síntesis, con claridad y en permanente diálogo con comentaristas modernos, desglosa los grandes temas maritainianos. Todo su pensamiento, como tuvimos ocasión de escucharlo varias veces, resulta una vigorosa afirmación y defensa de una sociedad personalista, pluralista, comunitaria y participativa, en perfecta sintonía con lo preconizado por el "Manifiesto Político de los Demócratas Cristianos", aprobado en julio de 1976 por su Comité Político en Roma.

Don Lino llama la atención sobre el influjo de algunos hombres en el pensamiento de Maritain: la rebeldía por las causas justas de Peguy, el dinamismo espiritualista de Bergson, la fe inquietante de León Bloy, la rica autenticidad filosófica del Aquinate.

Don Lino aborda difíciles temas que tienen que ver con la transformación cristiana del mundo: la transformación temporal del mundo, sin caer en la tentación "de hacer de este mundo social el Reino de Dios" (p. 57), desembocando en un Humanismo integral, cristiano y no-ateo, que dé respuesta a las insatisfacciones tanto del hombre capitalista como del hombre marxista.

Sobre el tema difícil de "Comunitarismo y Democracia", Don Lino muestra que es capaz de descender de los principios universales hasta las realizaciones concretas que aseguren la existencia de un "hombre participativo con libertad institucional", la existencia de un Estado comunitario en juego con "sociedades intermedias", la existencia de una propiedad comunitaria (es decir no estatal ni colectivizada sino ejercida por grupos sociales), la existencia de una democracia social o de

participación más allá de la simple democracia representativa o formalista.

Considero que uno de los mejores aportes del libro está en la clarificación que ayuda a hacer de lo que se pretende con esta mal llamada "tercera vía" para la sociedad, así como la clarificación de lo que es la Sociedad Comunitaria (p.153-157), la Participación (p. 82 ss.), la Propiedad Comunitaria (p. 120-127), la Democracia Social o integral (p. 145).

Personalmente comparto con Don Lino varias posiciones asumidas en una cordial polémica con otros distinguidos autores. Así por ejemplo, la afirmación de Persona como idea central de la sociedad comunitaria, más que el de la Justicia Social, como lo quisieran Ismael Peidro Pastor y otros. La afirmación de que sistemas políticos como el de la URSS no son sistemas de participación, porque les falta la "espontaneidad" de la participación, en contra de lo que piensan Brzezinski y Huntington. La afirmación de que parece algo más cónsono con el Comunitarismo un cierto Corporativismo social (con una Cámara Laboral) que un partido englobante y representante de otras fuerzas sociales, como parece ser la idea de Pier Luigi Zampietti. La afirmación de que no propiciamos ni el anarquismo ni la absoluta desaparición del Estado, en contra de lo que piensa el panameño Rómulo Escobar Betancourt.

Quizás mi comentario no parezca tan convincente a mentes estructuradas en paradigmas diferentes a los que sirvieron de molde a Maritain. Habrá quienes seguirán diciendo que esta posición comunitaria es simple utopía sin que se vean las fuerzas históricas concretas que puedan realizar este tipo de sociedad. Otros seguirán repitiendo la objeción de que no se atiende suficientemente a un verdadero renacimiento religioso como a premisa y fundamento de la renovación social que se propone. Pero a estas dudas Don Lino siempre tuvo una respuesta válida y para los escépticos acerca de una posible Sociedad Comunitaria dejó un derrotero con trazo firme.

Si fuéramos fieles al legado que nos dejó este gran intelectual que fue Lino Rodríguez Arias, en Venezuela en los años venideros, muchos arados podrían entonces ir abriendo surcos fecundos atados a su Estrella.